EL NAUFRAGIO DE SEPÚLVEDA

En una quinta de las inmediaciones de Evora vivía a fines del siglo XVI un mayorazgo que parecía preferir voluntariamente aquel retiro a los reclamos de la ambición. Eran los tiempos de la unión de las coronas de España y Portugal. El mayorazgo de Palma, Jerónimo de Corte Real, había sido uno de los cantores que tuvo D. Juan de Austria. Y fué sin duda un cantor espontáneo, pues sus vinculaciones de familia con los Mendozas y Bazanes le hacían ver en la jornada de Lepanto una proeza a la que él no podía mostrarse indiferente. Pero portugués ante todo, y poeta épico desde los pies hasta la coronilla, se había dedicado con patriótica devoción a celebrar el segundo cerco de Diu.

Hijo de un capitán consesionario de las islas Tercera y de San Jorge, sobrino nieto de los grandes e infortunados marinos de su nombre que exploraron el norte del Atlántico, aquel hidalgo tenía la mente poblada de relatos marítimos. Y la rica vena de recuerdos que había aumentado con su experiencia personal como *capitâo môr* de una flota en las Indias Orientales, le imponía temas relacionados con la epopeya lusitana.

Ya en los últimos años de su existencia, Corte Real se entregaba sin festinaciones, con firme y segura perseverancia, a la obra que debía ser magnífica coronación de todas los esfuerzos de una noble carrera. Cada tarde veía descender el sol en el *Morgado de Palma,* y cada mañana lo veía levantarse sobre los encinares de su amado Alemtejo. Vagando por las armoniosas colinas, el mayorazgo iba componiendo mentalmente los versos que durante las noches trasladaba al papel. Todo cuanto escribía era parte de su propia existencia. Consignaba memorias de luchas y peligros en el cabo de las Tormentas, episodios de locuras juveniles en el bazar de Sofala, y fiestas de campañas victoriosas en el Malabar. Sólo abandonaba la pluma por alguno de los instrumentos de música que había llevado de las Indias y que tocaba con el primor de un maestro en el arte,

o por el pincel y la paleta, en la que acaso dejaba chispas de la luz de los mares y de las tierras que había visitado.

Cuando murió el poeta, su yerno, Antonio Souza, recogió piadosamente los papeles del difunto, y con gran regocijo vió que estaba íntegro el poema en cuya composición se ocupaba Corte Real durante los últimos años. Los amigos de la casa sugirieron la conveniencia de la publicación, que entonces no era de rigor para toda obra de mérito, y Souza, accediendo, llevó el libro a la prensa de Lisboa. En 1594, seis años después de la muerte de Corte Real, salía a luz aquella obra esperada y que muchas veces el autor declaró «hija predilecta de su ingenio» (1).

El título era de crónica: *Naufragio e lastimoso sucesso de Manoel de Sousa Sepulveda, & Dona Lianor de Sã sua molher & filhos, vindo da India para este Reyno na não chamada o galião grande S. Ioão que que se perdeo no cabo de bôa Esperança, na terra do Natal, e a peregrinação que tinerão rodeando terras de cafres mais de 300 legoas té sua morte. Camposto em verso heroico, e octava rima por Jeronimo Corte Real.* Despersonalizar el hecho, en el título o en la narración, hubiera sido considerado como un ultraje a la piedad con que el público recordaba aquel «suceso lastimoso». El naufragio de Sepúlveda se destacaba entre todos los de su género. Europa entera lo conocía. Y en Portugal, como luego se verá, no era necesario un poema para relatarlo artísticamente, pues ya el inimitable poema existía. La obra de Corte Real era, pues, un movimiento de íntima emoción. Si todo Portugal hacía suyo el infortunio de Sepúlveda, ¿cómo no afectaría al poeta? Su mujer, D.ª Luisa de Sylva, a quien él amaba tiernamente, tenía un parentesco muy próximo con la familia de D.ª Leonor, la heroína del famoso desastre. Corte Real tejía una corona para la tumba solitaria, perdida en el desierto africano.

* * *

Pero había algo más en el poema de Corte Real. Los deudos y amigos que llevaron el libro a la imprenta, hallaban entre sus versos «la enseñanza del castigo cierto para todos los que olvidan los deberes de caridad». El crimen se expía, tarde o temprano. Y el poeta deja caer la una sombra retributiva que envuelve la figura doliente de Sepúlveda.

---

(1) «...a obra que elle tinha por mais filha de seu engenho...»

En el poema hay una intervención de la Divinidad que Corte Real da como fundamento de toda la acción. Doña Leonor, hija del magnífico García de Sã, gobernador de la India, estaba secretamente prometida a Luis Falcão. Las violencias del contrariado padre no lograban vencer las resistencias de la hija. Pero una noche Falcão murió misteriosamente. Un hombre que nunca fué hallado, le disparó con certera espingarda. Doña Leonor se casó con Sepúlveda, y todos, menos Dios, olvidaron la suerte de Falcão. El poema de Corte Real es en este punto una idealización que acaso no se sostenía con datos positivos. El Amor, auxiliado por la Venganza, y acompañado por la Ira, el Odio y la Determinación, se armó del rayo, que le entregó Venus, y mató a Luis Falcão, «*causando gran espanto em toda a India*». Gaspar Correia, en sus *Lendas,* es antipoético, pero más impresionante. Refiere que «*o matarão a espingarda, estando em sua camara, assentado a huma mesa, reposando sobre céa...*» Y añade que el matador nunca fué hallado. Falcão no murió como víctima de la pasión criminal de Sepúlveda, sino pagando deudas de malas acciones cometidas en Ormuz y en Diu. Verdad es que otros tan culpables, «que hubieran merecido cien muertes, no tuvieron quien les matase». Hay, pues, aun en la misma versión de Correia, una hendedura de misterio que dió paso a la leyenda del asesinato por maquinaciones de Sepúlveda.

* * *

Las fiestas nupciales son de un orientalismo suntuoso, y más tarde las recuerda el lector cuando ve las miserias de la caravana perdida en el desierto. Hay juegos de lanzas en que toma parte lo más noble de la caballería portuguesa. El gobernador y los novios ven la fiesta desde sus balcones adornados de cortinajes. La muchedumbre se agolpa en la plaza pública, y goza también del espectáculo. Aparece un caballo de oro. Los guerreros, con ajorcas en los brazos y con turbantes de colores que flotan al aire, combaten siguiendo el ritmo de las músicas. Esgrimen espadas y lanzas refulgentes. Hacen acompasados disparos con sus arcabuces. Y no faltan los elefantes amaestrados, con torres de labradas columnas. Mil guerreros vienen acompañando a los elefantes, que se precipitan furiosamente sobre los espectadores, pero que en el momento preciso se detienen y evo-

lucionan, con alternativas de fuga y amago. Los guerreros templan sus arcos y amenazan con las flechas, que no abandonan la cuerda, y las damas de los estrados calman su figido temor. Llueven dardos multicolores sobre los guerreros, y la fortaleza del Amor se libra del asalto.

En medio de estas puerilidades, oimos como en las óperas el corno distante que arroja el calofrío de su funesto *leit-motiv*. Dos o tres notas de tristeza, de sobresalto, de remordimiento, anuncian la lejana catástrofe. Entretanto, sigue el estruendo de la marcha nupcial. Entran las mascaradas en el palacio. Pero el novio de D.ª Leonor está intranquilo, y palidece al ver levantarse el espectro de Falcão. Cuando finalmente cae el sútil velo de oro que detiene los rubios cabellos de la novia, Sepúlveda, en la embriaguez de sus amores, habrá creído que se oculta a los ojos de la infalible Justicia. Pero Dios no templa sus iras.

***

Pasan más de cuatro años. Sepúlveda, padre de dos niños, vuelve a Portugal. Carga especias en una embarcación. Lleva consigo todas sus joyas, y se hace a la mar en el galeón *San Juan*, inmortalizado por el más célebre de los desastres marítimos. Aquí es preciso abandonar el poema, y seguir la crónica, que es otro poema. El ilustre Figueiredo,—como todos los críticos,—no parece más emocionado con los versos de Corte Real que con la relación escueta de los hechos. Y no es en mi entender que los hechos por sí solos puedan suplir la ausencia del arte, sino que en la crónica el arte se levanta a la altura épica de los hechos. ¿Quién logró tal maravilla? Como siempre, el azar, vestido en esta ocasión de marino. Podemos aceptar que en las narraciones de los naufragios portugueses, acertadamente coleccionadas por Bernardo Gomes de Brito para formar su *Historia Trágico Marítima* (1), la belleza es un resultado que no busca el autor, ansioso de verdad. Más aún: podemos decir que la belleza en grado sumo es independiente del propósito, pues los que la buscan la encuentran menos frecuentemente que los artistas espontáneos. Pero no por ignorar el propio valer, dejan estos artistas de ser los principios de la poesía.

***

Al número de los más eminentes perteneció sin duda el guardian de la nave náufraga llamado Alvaro Fernandes, quien dictó en Mo-

(1) Lisboa, 1735.

zambique su relato, dos años después de ocurrido el desastre. Con tales elementos se escribió la *Relação da muy notavel perda do Galeão Grande S. João. Em que se contão os grandes trabalhos e lastimosas cousas que acontecerão ao Capitão Manoel de Sousa Sepulveda, e o lamentavel fin que elle, e sua mulher, e filhos, e toda a mais gente houverão na Terra do Natal, onde se perderão a 24 de Junho de 1552.* Este fué el texto que impresionó a Comoens y le inspiró tres de sus más bellas octavas en el parlamento donde Adamastor se revela y anuncia las venganzas que prepara contra los navegantes portugueses (1). A Sepúlveda tocaría una de las más dolorosas, cual era la de ver «morir con fame os filhos caros».

El capitán Sepúlveda, legendariamente famoso por su pericia, por su valor y por sus liberalidades, había salido de la India, retardando un mes la partida, que para tener vientos propicios debió haberse efectuado en los primeros días de enero. En abril dió vista a la Tierra

---

(1) Son la XLVI y las dos siguientes del Canto V. que dicen:

Outro tambem virá de honrada fama,
Liberal, cavalleiro e namorado,
E consigo traerá a formosa dama,
Que Amor por grão merce lhe terrá dado:
Triste ventura, e negro fado os chama,
Neste terreno meu, que duro e irado
Os deixará d'hum cru naufragio vivos
Para verem trabalhos excesivos.

Verão morrer com fame os filhos caros,
Em tanto amor gerados e nascidos:
Verão os Cafres asperos e avaros
Tirar a linda dama seus vestidos:
Os Crystallinos membros e preclaros
A'calma, ao frio, ao ar verão despidos,
Despois de ser pizada longamente
Co'os delicados pés a area ardente.

E varão mais os olhos, que escaparem
De tanto mal, de tanta desventura,
Os dous amantes miseros ficarem
Na fervida e implacabil espesura:
Alli, despois que as pedras abrandarem,
Com lagrimas de dor, de magoa pura,
Abraçados as almas soltarão
Da formosa e miserrima prisão.

del Cabo, y empezaron las zozobras de la navegación. Las velas fueron arrebatadas por los temporales, y la arboladura también cayó al mar. Un día, el carpintero y el piloto descubrieron que el timón estaba desarticulado. Cada tumbo de la embarcación parecía sumergirla hasta el fondo del mar. No había hombre que pudiera tenerse en pie. Las bombas funcionaban, y no conseguían que el nivel del agua descendiera de quince palmos bajo cubierta. Sin embargo, después de una lucha sin tregua, los oficiales lograron poner el galeón a una pequeña distancia de la costa.

Sepúlveda se proponía desembarcar con su familia, y ordenar que se trasladase a tierra todo el cargamento. Desarmada la nao, sus materiales servirían para la construcción de una carabela o galeota, con la que seguiría por la costa del Natal, hasta llegar a Mozambique. Pero el mar destruyó la barca y el batel, con pérdida de más de cien hombres. Finalmente, hallándose en tierra un pequeño grupo que había desembarcado para acompañar a Sepúlveda, el galeón se deshizo. Sus cuatrocientos o quinientos tripulantes y viajeros tuvieron que buscar la salvación asidos a las tablas del barco y a las cajas de las mercancías.

Todos los planes de Sepúlveda caían por tierra. Ya no le quedaba sino el recurso de seguir a pie hasta un sitio en que pudiera recibir auxilios. Emprendió la marcha, por parajes que amaganan las fieras. bordeando precipicios, entre gargantas de elevadísimas montañas. La ignorancia en que él y sus compañeros estaban del país, y sobre todo los errores de Sepúlveda, trajeron una situación desesperante. El capitán había sido hombre de serenidad en los peligros, pero un día, perdido en la retaguardia su hijo mayor, bastardo de diez años que llevaba consigo, Sepúlveda empezó a dar muestras de trastorno mental. Los más débiles caían, muertos o expirantes, y los que podían continuar la marcha, los abandonaban a las fieras, a las aves de rapiña y a los cafres. Empujados por el pánico, los supervivientes casi no escuchaban las últimas palabras de los moribundos, y seguían automáticamente la marcha, bajo la dirección de los que habían conservado un lampo de inteligencia.

Hubo tal vez un momento en que hubieran podido salvarse. El azar los llevó a las aldeas de un reyezuelo cafre, más débil que los otros jefes, enemigos suyos, y ese reyezuelo ofreció darles hospitalidad a cambio de su alianza. Allí les hubiera sido fácil sostenerse hasta recibir

socorro. Pero Sepúlveda había caído en la insensatez, y avanzó imprudentemente. Acosado por el hambre, se dejó engañar, dividió su gente y entregó las armas a otro reyezuelo. Ya sin las espingardas, recurso infalible para atravesar tierras de cafres, la caravana quedó disuelta. Había comenzado la marcha en un concierto bien arreglado para defenderse. Iba delante Sepúlveda. Su mujer, con los dos pequeñuelos, ocupaba una litera para cuya conducción se relevaban cien esclavos. Seguía el maestre del navío, Andrés Vas, con una bandera. A continuación marchaba el centro, mandado por el contramaestre, y Pantaleón de Sá, deudo de D.ª Leonor, cerraba la columna con el resto de los expedicionarios.

Pero al desorganizarse la caravana, los más vigorosos se habían adelantado, dejando perdidos, sin esperanza, a los fieles portugueses y a las esclavas de D.ª Leonor. Ya ésta no tenía litera, ni quien la llevara, y haciendo como todos las duras jornadas de la incierta peregrinación, pisaba

Co os delicados pés a area ardente.

En tales condiciones, Sepúlveda fué atacado por una partida de cafres. Poco podían robarle, pero nada perdonaban. D.ª Leonor, al verse en aquel peligro, quiso evitar el ultraje supremo atrayendo sobre su cabeza el golpe que solicitaba para salvar el decoro en una muerte redentora. Sobrevino la prueba humillante, y la noble señora quedó desnuda, sin valor para resistir la vista de sus compañeros de infortunio, que se apartaban respetuosamente. D.ª Leonor se enterró hasta la cintura en los arenales de la playa, y después cubrió su seno con los cabellos, que habían sido admiración de las Indias. Ya no quiso levantarse de allí. Su esposo le había llevado la manta de una esclava, y así cubierta la que vistió sedas y se adornó con pedrería, llamó al piloto y a los pocos fieles que la acompañaban. «Bien véis cómo estamos—les dijo—, y que ya no podemos pasar de aquí, donde hemos de acabar de tal modo, por nuestros pecados. Idos en buena hora, y encomendadnos a Dios. Si fuéredes a las Indias y a Portugal, decid cómo dejásteis a Manuel de Sousa y a mí con mis hijos».

Ellos entonces, viendo que nada podían hacer por su capitán, se dispersaron, internándose en los montes para buscar algún «remedio de vida». Sólo quedaron con la familia del capitán el contramaestre del galeón, Duarte Fernandes, y algunas esclavas, de las cuales se

salvaron tres, que volvieron a Goa y contaron cómo aconteció la muerte de D.ª Leonor.

Sepúlveda, loco, sin fuerzas para andar, pues tenía herida una pierna, haciendo un prodigio de voluntad, se lanzó hacia la selva en busca de frutos. Volvió con ellos, y encontró que había muerto el más pequeño de sus hijos. El hambre lo había matado. Sepúlveda, con sus propias manos, cavó una fosa y enterró el cadáver. Al día siguiente, Sepúlveda se alejó de nuevo para buscar otra vez los frutos amargos con que pretendía alargar la vida de D.ª Leonor y de su hijo. Pero al regresar, encontró muerta a D.ª Leonor y al niño muerto también. Dicen que cuando la vió ya sin vida, hizo apartar de allí a las esclavas, que lloraban amargamente. Sepúlveda tomó asiento junto al cadáver, con el rostro apoyado sobre una mano. Durante media hora se quedó mirando el cuerpo de D.ª Leonor. Sepúlveda no lloraba. No pronunciaba uua sola palabra. Y añaden que «hacía poca cuenta del niño». Pasado aquel intervalo de silenciosa contemplación, Sepúlveda se levantó y entró en el monte, sin que nunca más volvieran a verle los que le acompañaban.

***

Es inútil discutir si puede haber un final más patético. No puede haberlo. Pocas veces al dolor humano habrá tenido intérpretes que lo eternicen con esta plasticidad. Apartándose de ella, el poema de Corte Real hace graciosos arabescos y aun altera los hechos para darles un modelado de escuela. Si el exceso de la parte ornamental no deslava completamente la energía de lo sublime, es porque la acción encierra una de las más grandes tragedias de la humanidad. El poeta excursiona elegantemente por todo el mundo clásico: hace la descripción geográfica del Mediterráneo; resume el pasado anecdótico de Portugal; pinta cuadros de las Indias, y después de protestar contra las mentiras del paganismo, traba mil enredos de intervenciones olímpicas que son muy divertidas, pero que adulteran la emoción. Eolo, Proteo, Anfítrite, Neptuno, Pan, Apolo y todas las divinidades muertas, desfilan por los diez y siete cantos de Corte Real. Pero a pesar de tales desviaciones, impuestas por la moda literaria, hay en el poema un aliento de sublimidad. Ese aliento es la inspiración del ignoto marino de Mozambique.

CARLOS PEREYRA.